

XIII

FINLAY, MEDICO MILITAR DE LA GUERRA HISPANO- CUBANA- AMERICANA

La Guerra de Independencia de 1895 iba a poner fin a la dominación española en Cuba. Ya hacía unos cuantos años que el capital norteamericano había hecho grandes inversiones en tierra cubana tanto en la industria azucarera como en la tabacalera, así como en la explotación del subsuelo, especialmente en las minas de hierro, manganeso y cromo. Ya por esa época, que comprende el año de 1895, como dice el distinguido historiador doctor Fernando Portuondo, “las inversiones norteamericanas en Cuba ascendían a cincuenta millones de pesos, según datos del gobierno de los Estados Unidos”.¹

La actividad de los cubanos contra el régimen colonial, tanto los que luchaban en los campos de la Revolución como en la Emigración, alentados por las figura extraordinarias de José Martí, Antonio, Maceo, Máximo Gómez, Calixto García y otros adalides de la causa de la Independencia; así como la gran propaganda que se realizaba en todo el continente americano por la libertad de ba crearon el ambiente favorable a la causa cubana en toda la población norteamericana. La última colonia de la conquista española tenía derecho a regir sus propios destinos.

Una noche —el 15 de Febrero de 1898— se sintió en la ciudad de La Habana una estruendosa explosión. Todos creyeron que había estallado uno de los polvorines de la fortaleza de La Cabaña, y hacia ese lugar se dirigieron todas las averiguaciones. Pero la explosión ocurrió en el puerto, en el acorazado de la armada americana Maine, surto en ese lugar. A consecuencia de este hecho perecieron más de doscientos tripulantes de dicha unidad de guerra de los Estados Unidos y la tensión que ya estaba caldeada, provocó un estado de ánimo exaltado en todo el territorio norteamericano.

Fue el inicio de la guerra hispano-cubano-americana y el impulso final para culminar la gran gesta libertadora de los cubanos, en la Declaración conjunta: la isla de Cuba es y de derecho debe ser, libre e independiente.

El doctor Carlos J. Finlay, sin ser un activo militante en las actividades revolucionarias, pues más que hombre de acción era hombre de gabinete, de ciencias y de laboratorio, dedicado por

entero a los trabajos experimentales de la fiebre amarilla, también tuvo su participación en la gran epopeya revolucionaria, aunque en la forma indirecta que le era factible. Toda su simpatía estaba por la justa causa de su patria. Además, admiraba el sistema estatal norteamericano. Había conocido sus organizaciones y ambicionaba para Cuba algo similar. Aunque mantenía relaciones con los funcionarios del gobierno colonial —relaciones puramente de orden científico— ya que le prestaron y le dieron facilidades para la comprobación de su teoría que todos negaban y combatían, no dejaba de contribuir a la causa cubana, y en más de un viaje a tierras norteamericanas estuvo en contacto con los elementos revolucionarios que laboraban desde la emigración... Tanto es así, que un historiador de la medicina cubana tan ilustre como Saturnino Picaza,² lo cita entre los médicos que prestaron servicios en la emigración cubana.²

Al declararse el estado de guerra entre Estados Unidos y España, el Dr. Carlos J. Finlay se encontraba en Tampa, como es natural, en contacto con la colonia cubana y los elementos que desde allí laboraban por la Independencia. Cuando el Congreso norteamericano votó la Resolución Conjunta (**Joint Resoluion**), la alegría en todo el ambiente cubano de Tampa fue extraordinaria. Finlay también gozó de estos entusiasmos. Y sin hablar con nadie y sin tener en cuenta que tenía 65 años de edad, se ofreció inmediatamente a su antiguo amigo el doctor George M. Sternberg, que era en aquellos momentos Cirujano General de los Estados Unidos, para incorporarse a las fuerzas que venían para Cuba. Este le responde:

—La patria necesita de sus servicios en el laboratorio, no en el campo de batalla.

Pero Finlay insistió:

—Quiero servir a Cuba en estos momentos. Puedo ser útil en el campo de batalla, junto a los soldados que van a la conquista de la libertad de la patria, atendiéndolos en el hospital de sangre, procurándoles mejor estado sanitario en sus campamentos.

Y el General Sternberg sonrió. No podía negarse a la solicitud de Finlay y ordenó que se incorporara a la Sanidad Militar del Ejército Expedicionario Norteamericano que marcharía para Cuba.

Ya alistado, se le nombró cirujano-ayudante, el día 22 de Julio de 1898, y fue destinado en los Servicios de Sanidad Militar de las fuerzas de Santiago de Cuba.

Las tropas a que pertenecía Finlay, llegaron a la capital de Oriente poco después de rendida la plaza, pero no por ello dejó el de prestar servicios, encargándose de la atención de los nume-

rosos soldados enfermos de fiebre amarilla y paludismo que habían sido recluidos en los hospitales de campaña, que se improvisaban en las afueras de la ciudad.³

También otro ilustre médico cubano, el doctor Juan Guiteras y Gener, desde que se inició la guerra hispano-cubano-americana, se incorporó al ejército norteamericano y fue destinado a Santiago de Cuba, donde actuó en la Sanidad Militar y en los hospitales de campaña establecidos en el poblado de El Siboney. Tanto Finlay como Guiteras y Arístides Agramonte, prestaron importantes servicios en este aspecto de la sanidad militar.

Terminada la guerra, el día 1^o de Enero de 1898, se hizo cargo de la Isla de Cuba como gobernador militar, el General John Brooke, a nombre de los Estados Unidos de América. Por esa época, el doctor Carlos J. Finlay ya se había reintegrado a su vida médica en La Habana y continuado los trabajos experimentales de fiebre amarilla, en medio de la misma indiferencia general.

Sin embargo Finlay, como investigador seguro de su obra, continúa trabajando con la fiel colaboración del doctor Claudio Delgado. El único que lo acompaña en esta odisea ante el escepticismo contumaz e increíble de la minoría responsable.

También es de notar la excepción de los Padres Jesuitas, de los cuales el doctor Finlay era su médico. No sólo no pusieron en duda las teorías finlayistas, sino que ya hemos visto cómo se prestaban diligentes y propicios a las distintas experimentaciones de Finlay, habiéndose observado que había disminuido extraordinariamente la mortalidad entre ellos desde que les fueron aplicadas las inoculaciones, produciéndoles una fiebre amarilla benigna que le servía de verdadera vacuna preventiva inmunizándolos.

NOTAS

- 1 Portuondo, Dr. Fernando, **Historia de Cuba.**
- 2 Picaza, Dr. Saturnino, **La Medicina en las Guerras de Independencia Cubana.** Revista Bimestre de Cuba, núms. 4, 5 y 6, Julio-Diciembre de 1948.
- 3 Finlay, Dr. Carlos E., **Carlos Finlay y la Fiebre Amarilla.**